

El Correo del Conje

Manuscrito del Cronista

Antonio De Santillán.

en que se narra la leyenda de la amillada torre que a principios del siglo XVII erigió en un promontorio a orillas del mar, Fray Ernesto Cornejo, de la Orden religiosa de los Cabos, para defensa de la Reducción de Indios fundada al occidente del Lago Grande, conocido hoy con el nombre de Laguna de los Eschres.

Hacia el extremo sud de un promontorio que da imperfecto abrigo a esta población marítima (1), pues no alcanza a elevarla ni las ráfagas del At-lintico, en el cabo del Amherst. Hay un convento informe de pisos, habitado, hasta ayer no más, por las guardas, y sobre las cuales se ostenta hoy, atropellando las miradas del cronista por su caprichosa arquitectura, un flameante torreón, con algo de fortaleza medieval y algo de campenorio jesuítico.

Si no se da crédito a las declaraciones de los funcionarios que

(1) Mar del Plata.

a todas horas frecuentan los salidas, parece indudable que sobre las rocas del promontorio donde se alza el toneón se oyen por los rocosos ruidos extraños y aparece fantomas.

Los ruidos son como de carreras de caballos desbocados.

Los fantomas, tres: el de un indio, el de un monje y el de una mujer vestida de blanco.

Ahora bien: el toneón, su caprichosa arquitectura, los fantomas nocturnos y los ruidos sobrenaturales, tienen su razón de ser, puesto que tienen su historia.

He aquí los antecedentes.

Desde que San del Estado existe, ha sido el promontorio en cuestión sitio predilecto de excursionistas, de enamorados y de chuscos. Los primeros llegan hasta él y considerándolo como estación aligada, deteniéndose sobre sus rocas a tomar aliento y contemplan su hermoso panorama; los segundos buscan, en su abrigo, el refugio voluntario y furtivo de que les menester para sustraerse a los mirados indiscretos de los curiosos;

y los últimos, por fin, descargos y trozos de pedros y baldes, se enfrentaron
 en una feroz batalla a los anémonos, conquejos y meillones que ceja
 el mar en descubierta, cuando a la hora del reflejo, empujaron a surgir
 del fondo los ocultos arroyos, morada de innumerables ceras, a los cuales
 es dable sorprender entoces en el momento en la vida, "en el secreto
 de su inimitable retiro", según la inspirada expresión de Bichsel.

Es lógico, pues, que a los emprendedores pioneros que van haciendo el
 Sur del Plata una futura maravilla, se les ocurriera aprovechar tan
 favorecido y propicio paraje para construir en él... ¿qué? ¿cuál fuera eso:
 una confitería, algo en fin que llamando, al pasar la atención del visitante
 o simple forajido le obligara a detenerse allí un segundo, quitándole
 también como la célebre inscripción: *Ste. Maria: herodem Alcas!*

Pero... ¿y la razón de ser de tal monumento?

Grave dificultad!

Y ¡vaya! quién hubiera dicho a los ardorosos pioneros que aquel anhelo de monumento
 de construcción conmemorativa, al cual hasta entoces habia faltado la

Minichal: nada menos que el pretexto, algún hecho real, alguna tradición
verídica, alguna romántica leyenda, por lo menos, había de convertirse muy
pronto, mediante el auxilio de la casualidad, que tan bien suele arreglar
las cosas, en necesidad justificada y casi indispensable.?

Con efecto, de la noche a la mañana quedó colmada el desesperante
vacío: no solo apareció la tradición, sino que se reveló el hecho indispensable a
toda historia en la cual hay autores, hay combates, hay celos...

¿Y como podía ser de otra manera tratándose de un personaje icónico es fama
que hasta la fecha se han realizado más de doscientos compromisos y noviazgos
de un fantástico haciamiento de cosas que, a más de ser frecuentes por
deseos nocturnos, guardan por siempre en su inalterable misterio, el
secreto de las faldas y los cuernos envechados durante tantos años en el
seno de sus arbores escondidos.?

El hecho se produjo así:

Cuando aún no se había resuelto del todo a fue se detuvo el monu-
mento y mientras, para ganar tiempo, se hachaba en la roca abrupta

una superficie lisa sobre la cual levantáramos los futuros cimientos de una construcción cualquiera, observaron los trabajadores, empleados en la tarea que cabía sobre el hueco, que el hierro, al golpear el granito, producía un ruido retumbante, estruendo.

No se había logrado aun eliminar la mitad de la roca necesaria a la nivelación del hueco, cuando uno de los italianos que manejaba con mayor brío la pieza se detuvo.

Había dado de frente, entre los intersticios de dos bloques de piedra, con algo que parecía un cofre.

Al día siguiente se encontraba el curioso hallazgo en poder del arquitecto y del grupo de pioneros interesados en la construcción.

Se procedió a abrirlo.

El retueto cofre contenía lo siguiente: Un plomo, un manuscrito y cincuenta monedas antiguas.

Sobre el plomo veíase trazado el dibujo de una torre, mitad fortaleza, mitad campamento y luego la firma del autor: *Froy Ernesto Sornese*, de

la Orden Religiosa de los Calvos.

El manuscrito de hasta cien hojas, ostentaba en grandes caracteres el título siguiente:

El Correo del Monje.

El título seguía en subtítulo:

Historia de la eremitica hermita, del cacique Bucamora y del sgo soldado Alvar Rodriguez, escrita por el cronista Antonio de Santillán - 1695
Finalmente las monedas eran de oro y llevaban sus efigies respectivas de un Carlos y de los Felipes.

Se explicará al lector la emoción que esto produjo.

Por de pronto, en el quiera que fuera la historia contenida en el manuscrito, el problema de la arqueología de la torre quedaba resuelto. copiar pura y curiosamente el folio del Fray Ernesto Bernero, todos más, cuánto fue, en sus tiempos juveniles, realizaba este el primer paso. patrocinado por la mayoría de los señores, además el promotor y con el mismo tiempo de atalaya, y de un fiterio.

¿Pero; y el manuscrito? la historia aquella del lego, la mujer y el indio, relacionada, no cubre de ello la menor duda. con el Monje del febrero y lo que era más interesante aún, con las aspiraciones nocturnas del protagonista; ¿fue significativa?...

Va a verlo el lector curioso en la copia (no del todo fiel, pues se ha hecho solo un extracto) que del original se le ofrece a pie, no en algún trabajo y esfuerzo de parte del intérprete del documento, por hallarse este ya muy deteriorado.

Se trata, sin embargo, de una verdadera primicia, pues la curiosa historia no dignada como sucedió en su lenguaje - no ha visto jamás la luz del día.

El Carreón del Monje

Historia de la misteriosa Muerte, del cacique Pacamora y del lego. Salado Alvaro Rodríguez, escrita por el cronista Antonio de Santelma - 1695

I

El Indio

¿Quié es este elandé tene, obra del Fray Cosme Cornejo, vivió más de

60 miles, integrado a la meditación y a las ciencias de los astros, el célebre
lego soldado Lhor Rodriguez, brevemente anidado como tal, en el
convento de los Padres Cabros (1).

El lego Rodriguez se hizo ermitaño después de haber sido hermano del convento
que se encuentra en dirección al poniente a orillas del lago Jussel (2)
pero antes que ermitaño y lego fue soldado infante del castro convento
que defendía contra los indios infieles la reducción fundada por los Padres
de la Compañía de Jesús en aquel paraje, el año 1650.

Después, cuando vinieron los Padres Cabros y se unieron a los
de Jesús, comenzaron unos y otros a convertir más de dos mil indios.
Poco a poco avanzaron los religiosos hacia el Oriente por el Norte, y una
vez llegados a orillas del mar construyeron aquí esta fortaleza que, a
más de un almuerzo, torreon tiene su campamento.

Después de su vida tres hombres y al número de ellos se fueron instalando
centenares de indios fieles. El resto de la población permaneció a orillas
del lago. Esto tuvo lugar hacia el año de 1670.

(1) Semefante a los descalzos y a los Barbaudos. (2) hoy día hay un lago en la Laguna de los Padres

Por entonces vivía en la reducción recién una india joven, inteligente y muy hermosa, cuyos padres habían sido bautizados y educados. Se llamaba María, aunque los indios la llamaban Marimón.

Tenía los ojos verdes, las cejas negras y la piel curtida por el hábito del amor. Sus labios eran carmelitas, suaves, modulados: su contorna era de aireosa, y su semblante un tanto torvo; hija de los Pampas, su tolerancia devota, velada apenas por precepto de los padres dejaba adormir al través de la piel cobiza la circulación de una vida ardiente y robusta. Sus ojos brillaban con misterioso fuego y el rojo intenso de sus labios carnosos y ligeramente entreabiertos hacía resaltar el puro esmalte de unos dientes blancos, afilados como los de una loba --

Ella bien había aprovechado de las lecciones de los padres que en ella se volían de ella para enseñar a los demás indios, no solo la lectura y la escritura, sino también la música (1) y muchos de aquellos conocimientos que poseían en tan alto grado.

Marimón era conocida por todos con el poético nombre de la Flor del Lago.

(1) La enseñanza de la música era uno de los medios más eficaces para reducir a los indios.

Muchos indios la habían coliciado por espías; pero ella amaba a don
Rodríguez, el apuesto soldado, guardián de voluente recio y respetado
como valiente sobre todo.

El poderoso cacique Bucamara era enemigo más irreconcilable de
los españoles e indios reducidos.

De tarde en tarde daba sus asaltos, que eran rechazados por las flechadas.
Su recurso principal consistía en volver a algunos de los indios
fieles, y valiéndose de la traición, se ponía un asalto nocturno y repentino
contra el coliciado voluente.

Así lo hizo.

Una noche, en medio del silencio turbado tan solo por el sordo rumor
de las olas del mar, oyóse de repente, detrás de las columnas, un clamor de
voces cada vez más crecientes.

Logo después un torbellino humano, especie de avalancha, que avanzaba
claudando iultas como arrolladora tromba, corrió sobre la pequeña flechada
dormida, y todo se finó allí a sangre y fuego.

El asalto dura pocas horas. Al amanecer del día siguiente el espectáculo es horrible. Aquí y allí cadáveres desfigurados; trozos de sangre; armas rotas, por todos partes desorden y destrucción!

En la torre de la fortaleza, desde hasta la noche anterior temblaba el pabellón de los españoles, la silbata arrogante de Bucamara, que desde lo alto de las almenas, contemplaba el mar, las colinas y la Tambo... .

A los pies del cacique yace inerte el cuerpo de una mujer.

Es Maricao, arrebatada sin sentido, aunque con vida, de los brazos de Alon Rodríguez, quien la ha defendido hasta que, cubierto de sangre, exhausto ya, sin poder combatir por más tiempo y seguro de ser ultimado por los brbaros si no se huye en fuga, ha huido por fin hacia el interior, sobre el lomo de un caballo.

Calcula de ese modo poder llegar hasta el Lago y poder, en seguida, con refuerzos que le permitan reconquistar la fortaleza y su amada. Pero ¡ay! que todo resulta inútil; Bucamara ha dispuesto muy en su provecho los cosas: el ataque ha sido simultáneo, y al llegar el

siguiente al lago, encuentra la reduccion y el convento rodeado por los indios.

Ahor se oculta y aguarda la luz del dia.

Finalmente los portugueses de pie a pie con heroismo y logran, por fin, como en ocasiones anteriores, rechazar y acobar. Los portugueses huyen a su vez, pero no al interior, sino hacia la orilla del mar.

Sabe que Bucumario ha triunfado allí y que pueden reunirse, teniendo forma extenderse despues de toda la anchurosa corte abierta en direccion al Norte y Sur de la fortaleza.

Han sido es el triunfo, que Bucumario, no solo se ensenorea en el baluarte sino que resiste diez acobardos consecutivos, sucumbiendo poco despues por don Rodriguez.

Comencido este, por fin, de la inutilidad de su intento, y penetrado aunque tarde, de que su verdadero deber de soldado y de amante habria sido tal vez morir en la fortaleza defendiendo su honra y su amor. se siente poco a poco invadido por mortal tristeza, que lo aisla de sus semejantes, obligandolo a buscar lo que le queda de vida en la esperanza

II

Abarima y su riss.

Transcurren así tres años.

Ahora Rodríguez concluye por encerrarse en el convento de los Padres, como lego penitente y sin opción a los sagrados órdenes.

Entretanto, ¿que es de Abarima?...

¡Allí, en frente de los rocos, dentro de la torre misma erigida por los carmelitas, la bella india cristiana, proclamada "Fideliceta de Picamora" había debido enjugar muchos lágrimas.

Pero todo dolor tiene su término. Al cabo de algunos meses concluyó por fin, la coartada, por comprender que para sus males no había ya remedio. Sin embargo, como Abarima había sido a su manera, buen hijo de Dios, al fin fue aceptado hermano de los españoles, el nombre del Todopoderoso y el de su amante no se borraban aun de su corazón.

Entregada al principio únicamente a la oración y al llanto, durante algún tiempo no pudo mirar sin horror los dolores que su forzada condición le imponía.

Que Bucamora no debía seguir a su esposa - su malghen (1), como la llamaba, se quedase a ellos con su amor y su dulce pervisión. Vigilarla constantemente era su mayor cuidado; no perderla de vista un segundo.

Solían como todos los de su clase, poseer el cacique otras mujeres, pero eran esas generalmente destinadas por los padres, que no se cuidaba de disimular ante ellas los particulares y manifiestos distinguimientos que hacía en obsequio de la nueva esposa.

Desde el día mismo en que Bucamora proclamó en alta voz a Marina como "su malghen predilecta" el fuego de la envidia y de los celos se encendió en el corazón de los rivales, quienes desde ese momento percaron odio mortal y venible a la "intrusa".

Uno de ellos sobre todo, Naleu, a quien en cierta ocasión había arrebatado el cacique, para ofrecerlo a Marina, un collar de chaquiras y conchas del mar, se había sentido muy vivamente ofendido por los celos, de modo que, en secreto, esperaba la ocasión de vengarse de su apertunado rival.

Naleu era también hermosa, con esa hermosura propia de ciertos tribus originarios, por su ascendencia, del país del Sur.

Quedó, aún, cumplido apenas sus 17 años, Bucamora le había encargado por

(1) - Compañera.

expresó entre otros muchos bellos de su gamio, Nalcú había sido, por tanto, la preferida. Al verse después llegada a segundo término, su rencor había tomado proporciones terribles.

Lozén Barino, a más de algunos otros instrumentos de música fabricados por los indios, un arpa construida por los Padres. y conjuntada en un asunto feliz, por cierto indio respetado por su audacia y astucia.

La cautiva trató de aprovechar este nuevo elemento de educación fuera el mejor logro de sus planes.

A veces solía reunir la chica a unos cuantos chicos en torno de la tona, y allí en su presencia, anoncaba al instrumento suscitados por los padres. algunas notas que armonizaban con el uso de su voz timbrada.

Nalcú la escuchaba siempre, y sentía irrecuentarse sus celos. celos por María; celos por el instrumento mismo, que así continuaba la atención de Bucamora!

En muchas ocasiones se ocupaba intento rebasarle, pero sin lograr su objeto. En otros juegos probó delante de los demás que era capaz ella también de manejarlo y anunciarle dulces convidos.

Barrio accedió entonces, sirviendo, a su pedido. El arca pesaba a manos de la india, que al pulsar sus cuerdas en un acceso de rebufo despectivo, las hizo vibrar también, pero con una nota estridente y salvaje, descompuesta, desordenada, como un aullido.

III.

La trición de Nalcú.

Una noche, durante la cual había llorado copiosamente, Lomiso Bucamora como de costumbre al lado de su malghen, en el interior de la fortaleza. Ruidosos truenos estremecían el toncón con el estrepito de sus formidables descargas que, repercutiendo de roca en roca, parecían repetirse sin cesar.

Barrio se sintió súbitamente molesto.

Intentó despertar al indio para hacerlo partícipe de sus temores, pero ¡cosa extraña!... una fuerza irresistible y desconocida pareció atravesar entonces su lengua! El cautivo quiso de pronto gritar ¡pero inútilmente! No sólo no le fue posible articular la menor palabra, sino que al pretender enforzar la voz, produjo sólo un sonido como...

Después de detenerse un segundo allí, unos formos comenzaron a avanzar lenta y con teloso movimiento en dirección al techo de la alquería, y una vez que estuvieron frente al foco de la lumbre que aún ardía bajo una abertura del techo del torreon.

Los formos dieron aún dos pasos, y llegado que fue hasta la cama de totoras fue cerca de hecho a la cautiva, la cual hombre se inclinó pesadamente sobre él.

— ¡Vario, al sentir junto a su frente el halito cálido de aquella boca que se inclinaba casi hasta rozarla con sus labios, hizo un esfuerzo sobrehumano y abrió desmesuradamente los ojos. Al gueren luzas de nuevo un grito grito instintivo de horror, de estupefacción y de sorpresa, su voz como en la ocasión anterior, quedó ahogada.

Peró, en cambio, otra voz, una voz conocida y distinta pareció resonar al mismo tiempo en su oído: voz querida, que murmuraba en español.

¡ Es ella!

En esos momentos la otra Sombra, la Sombra de la mujer, como recu- tendose de su vejez y aprovechándose de su debilidad, se acercó misteriosamente. La cautiva no pudo darse cuenta de si vivía o no.

Sin embargo, durante toda la excursión, hubo algo en la mente que mantuvo medio despierto el conocimiento de las cosas reales. Por eso, a pesar de su sopor invencible, oyo escuchar claramente el siguiente diálogo, entablado en baja voz y en idioma indígena entre los dos aborígenes:

- ¿Estás seguro de que el narcótico es eficaz?

- Eficacísimo.

- ¿Y ambos dormirán hasta pasado mañana?

- Hasta pasado mañana, sin duda.

- ¿Insistís en creer que no había posibilidad de dar el golpe inmediatamente?

- Sería arriesgadísimo intentarlo, y comprometeriais inútilmente el éxito definitivo.

Los indios velan aún escuchando la tormenta a las puertas de sus ranchos.

- ¿Habéis enviado mi mensaje al Lago Grande?

- Esta ya en poder de los nuestros.

- Juradme una vez más que puedo contar con vos sin el menor temor.

- Va en ello mi venganza.

- Sabéis que el compromiso es formal y que solamente Bucumará

que os ha devidado, sero' bajo el golpe. Lo mejor es mta...
 - ¡ La tendreis seguramente, concluyó la última voz, con entonación
 simbólica que hizo estremecer en medio de su sueño el corazón en la catedral.
 El fantasma del hombre volvió a inclinarse sobre el techo, y aponiéndose
 enseguida en dirección hacia la entrada, ambas visiones desapare-
 cieron rápidamente por entre el claro de la puerta que, al abrirse
 un instante a su paso, dejó penetrar una bocanada de aire frío y
 húmedo de tempestad, que heló el rostro de la joven rogándole como con
 un hábito de muerte.

Un sopor aun más intenso, pesado, fatigante, apoderóse después de la
 alborugada, que, sin darse cuenta de lo que le sucedía, se sintió,
 incesantemente agitada por sueños incoherentes.

La continuidad de la visión primera la atormentó especialmente
 durante largas horas de horrible heradilla...

Le parecía ver aun delante de su techo la figura del hombre
 blanco, que con los brazos extendidos hacia ella y aun evitarse
 del riesgo que de seguro correría si era sorprendido allí, la llamaba
 con sugestivo afán.

- ¡Ven, te quitaba; ven, María! Después de años de ausencia mortal
vuelvo a encontrarte, por fin. ¡Ven, huyamos! Cincuenta de
nuestros hermanos nos aguardan en la gruta oscura, listos a venir
a socorrernos a la menor señal. No hay tiempo que perder. El in-
digo duerme profundamente y no despertará hasta mañana.

¡Tu vida y la mía están en juego!... Los girones del toral
que vió bien te demostrarán que he buscado en vano en el
retiro la paz del alma... ¡Basta ya mucho tiempo que mi con-
ciencia me hizo abandonar ese retiro! ¡Eres mi único bien!

¶ Pero ella no podía seguirle: sus miembros se hallaban paralizados,
su lengua se resistía a articular palabras, como si su ser entero
se sintiese enclavado en la inercia mortal de una catalepsia
sin fin.

Al verla así, el angustiado amante, se desesperaba a su vez
en repetidos esfuerzos para hacerse comprender... pero... inútil-
mente!

El tiempo volaba, entre tanto, iba ya a amanecer y el cacique
a despertarse juzgás de repente.

El Exorcismo

Al amanecer del día siguiente, Marina y Bucamará dormían aún con pesado sueño.

Más al caer de la tarde pudo verse en el indio. Su semblante denotaba una palidez descompuesta.

Al ver que Marina no daba otros señales de vida que la de respirar aún, su dolor no tuvo límites.

Sero los arranques primeros de desesperación duraron solo un instante.

Lozido luego deiego furor, aulló de muerte a cuantos se volaban si no descubrían en el acto al culpable del castor.

Los indios, aferrados a sus viejas supersticiones, creyeron en una influencia ejercida por el genio del mal....

Salido es que entre ellos todo hombre o mujer que enferma o muere antes de la edad madura o la vejez, es considerado por los devotos como hechizado por el demonio o envenenado por alguno de sus semejantes.

Y en tal circunstancia se procede a la espacera del techo del enfermo a la ceremonia del machitón, que es una especie de exorcismo o juicio ante Dios, con el propósito de curar el mal y descubrir el origen del hechizo.

El caso de Abarino estaba por tanto, según a pie se fuere en ejecución la sagrada costumbre de los indígenas, con tanta mayor solemnidad cuanto se trataba de la esposa del cacique.

Abarino permanecía dentro del tinajón recostada sobre el techo, pálida y ojerosa.

Pucamora, a pesar de su fatiga, volvió a la colicera.

En esos momentos, por sobre el techo de la torre, pasó un ave graznando. El indio se estremeció. El graznido en tales circunstancias, era para él una señal de mal agüero.

Justo en el mismo instante se abrió bruscamente la puerta y un salvaje de baja estatura y rostro horrible apareció en el umbral.

Después de conferenciar un rato con Pucamora, dirigióse a la enferma, y como si ella fuese comprendida, le dijo:

Abalghem, por orden de nuestro amo voy a proceder al juicio sagrado

del machitín, para sacar con breu de este mal y descubrir al culpable que os tiene envenenada.

Al oír esta palabra, que el médico había pronunciado con enfado, María, como volviendo bruscamente en sí, lanzó un grito y se incorporó en el lecho.

- ¡Envenenada! grito. ¡Ah, sí... ahora lo comprendo todo!... ¡Ella!... Pero Pacamari se la escuchaba ya. En ese mismo instante, abrió la puerta de la torre y entró por ella desfilando la procesión de concurrentes al juicio del dengue. Esto conmovió sin duda a la joven, que en vano intentó explicar a Pacamari con argumentos aún inteligibles la inutilidad de tan loca ceremonia.

Pero dos ruegos fueron inútiles. ¡Ay! ¡inútiles habían sido también (laramente lo veía en tan agustivos momentos) sus ruegos de varios años para regenerar y enlazar a quella naturaleza inculta, vuelta súbitamente por un acceso de temor, a su indole primitiva y salvaje! ¡Sería, pero entonces que más valía morir cuanto antes, que esperar ya de lograr su objeto! Y arrojándose de nuevo desfallida sobre su lecho de bellotas, se dejó vencer sin resistencia en complaciente

objeto de aquella velada y sus representaciones fantasmagóricas.
A medida que fueron entrando los indios fueron colocando
al lado de la enferma, extendiéndose a lo largo de los muros de la
habitación y entonando una canción triste y lamentosa: unos lloraban
otros ejecutaban los ritmos del dancón, así fue cómo se iban
riendo indios.

El lecho de María quedaba en una semi-obscuridad, hacia
el fondo de la sala, Bucamora presidía grave y silencioso.

Después de algunos momentos de llanto y gemidos, durante los
cuales se ordenaron en torno de la enferma, el silencio se hizo
general.

Los indios aparecieron entonces trayendo sobre sus hombros
unos ramos frondosos de ombú, que depositaron sobre el suelo,
y atados los fueron sobre el estremo una guita de tabaco, que
encendieron en seguida.

La guita ardió por todo el antorchas, a cuyo resplandor se
iluminó la habitación entera.

Los indios que hacían de oficiantes en la ceremonia aproximá-

trouren), y arrojando al ombi unos cuantos hojas, la quemaron en la lumbre y gahumaron con ellos el cuerpo de la enferma....

Terminada esta operacion, aparecieron otros dos indios que traian un perro negro y corpulento.

Seudieron en el suelo, y arrojando el danguke, despues de hacer un cirriero de contorsiones similares con gritos descompuestos, le abrió de una cuchillada el vientre y la garganta....

El animal gemió con un gemido breve, sofocado y la sangre comenzó a brotar a borbotones de la herida.

El "Sacrificio" estaba hecho. El exorcismo comenzaba.

Queambrai primero, sus horizontes despues, comprimearon sucesivamente en las entrañas del perro el corazón aún palpitante, y empakando las manos en la sangre, rociaron con ella el pecho de Maria.....

Terminada esta parte de la ceremonia, restaba aun por ejecutar lo más importante: descubrir al culpable del hechizo de cureremiente de la enferma. El danguke, atemore, temible, extendido los brazos con la diestra arrojó el corazón del animal y

comenzó a chuparlo. A medida que lo hacía, sus sentidos parecían irse poseyendo de una especie de conambulismo agitado.

Sus ojos se cerraron, desplomándosele el cuerpo, y en medio de contracciones de demoníacos o epilépticos coja temblorosa por el cuello. Esto significaba que el espíritu maligno había pasado del cuerpo de la joven al suyo propio, por intermedio de la sangre del sacrificio.

Después de esta repugnante formalidad, el dunguete quedaba ya en estado de contestar a la pregunta terrible...

- ¿Quién es el culpable? exclamó con voz de trueno y en medio de un silencio general. Nucamora.

- ¡Una mujer! contestó el dunguete.

- ¿Cuál es su nombre? volvió a preguntar, con curiosidad el cacique.

- No está en la habitación, replicó el hechicero...

Todas las miradas se volvieron a un mismo tiempo como buscado en torno suyo una figura ausente...

Las mujeres de Nucamora se hallaban todas allí... menos una...

¡Salud! vociferó el cacique

A este nombre, Maria, como volviendo de nuevo en sí, se incorporó una vez más en el lecho, palida como un cadáver, lanzó un grito y volvió a caer inerte sobre el montón de pellosos y totoras . . .

— ¡Prepara la hoguera! agregó con acento terrible Quecamoris.
 — La justicia será hecha inmediatamente!

V

El Salto del indio

Lo acababa Quecamoris de pronunciar estas palabras, cuando se sintió el ruido de una legión de caballería que, a toda recuda, se precipitan desde lo alto de la colina hacia el promontorio.

Dos minutos después, varios grupos, en parecidos de pobladores guerreros y de indios cristianos, acudieron por un lado que, blandiendo su terrible lanza en adelante, asaltó estrepitosamente la fortaleza del cacique, entregado a la Sagon, al dolor ya lo era que le causa el estado de su amada.

Buen, pues, lo del Rey Grande de arbrera con sus enemigos

como en otra version coparon estos sobre los descendidos que quedaron de la misma fortaleza.

Los asaltados no tienen siquiera el tiempo de aprestar sus armas para defenderse. El ataque es amigable.

Los Kalkes y los bangas del templo ego hacen estragos desastrosos entre las pompas sorprendidas.

¿Como han llegado los enemigos hasta el refugio, mismo de Bucamora?

¡Nadie podría dar detalles sobre el punto, en medio de la espantosa confusión del ataque y de la defensa!

Pero lo cierto es que hasta allí llegaron, ya fue al fin de la resaca, la siguiente escena, desarrollada en los alrededores del Torreón, de una idea de lo que ha debido ser la lucha sostenida por el Solroje esposo de la cautiva cristiana, contra un grupo de vengadores, encabezados por un desesperado amante.

¡ Noirud !

En la orilla de la faja, a lo largo de la colina, chorrando la fi
el agua de la lluvia y va corriendo tendida con dos corbaltos...

Burmeantes, contraidos, gimen sus ijeres bajo el bultazo de los
jinete, a la vez que los cascav. libres de toda herradura, parecen
vivir apenas el suelo, resonando ruidamente sobre la húmeda arena,
rebotando al punto y calpicando el agua.

Uno lleva la alabastera... el otro le pone que...

En los brazos del primero (que parece en su medio), desahogada
e inerte, tendida sobre el cuello de la dentur va una mujer...

Y el jinete fue la llora, vuela, vuela como el viento...!

Las Voces del promontorio se acercan, la colina va agigantándose,
el ruido del chorr se aleja...

El jinete de adelante, al evolucionar, se enfrenta con una
pared de muro sin salida, vuela a trepar el despeñadero por
donde bajó y sigue... sigue huyendo desesperadamente...

El de atrás no se desalienta; ante bien, agita aún cesar su
colgadura; el ropaje que lo envuelve, espesa de agua hecha

girones, flota al viento, como estufa de bandero la bandera.
Pero su afán resulta serfectoso, por que, poco a poco
empieza a ganar terreno. Si el terror y la ansiedad, fueran
donde alas al que huye, la furia y la esperanza los dan
mayores al que persigue.

De repente, el indio vuelve bridas; se ve que ha cambiado
de resolución.

Arremete a su perseguidor, y posa.....

Ente, desconcertado un segundo, vuelve bridas a su vez,
y continúe la carrera:

La dirección que ahora el indio es directa hacia el mar.
La fortaleza torna pues a aproximarse; la más alta
cumbre del promontorio, llega por fin.... Bajo esta el precipicio,
los arrecifes, el mar se ruga.....

Como el caballo del fugitivo no se detiene allí, y frenado
por el talon robusto de su dueño, salva el borde del preci-
picio, y de un salto, se arroja desesperadamente al espacio....

Al hundirse el jinete en el abismo, se le ve aferrar

con mayor fuerza el cuerpo de la mujer que aprieta con-
vulsivamente entre sus brazos.

¡Umaghn! exclama con voz estupefacta.

¡Umaghn! - fue fuere decir: ¡malditos!.....

.VI.

El ermitaño

Esta historia toca ya a su término.

El lego Alvar Rodríguez vio de prouidad su
principal esperanza recuperar la fortaleza, pero perdió a
Habrino.

En tal trance, volvióse al convento (del cual había sido
despedido un año antes por profano y por impio.) y, una vez allí,
humillándose a sus puertas, imploró el perdón de los Padres, confesó
sus culpas y obtuvo el privilegio de volver a vestir el hábito mo-
nacial, a condición de vivir encerrado como penitente por
el resto de sus días en el baluarte de Troy Ernesto Corners.

Allí permaneció el lego Alvar, más de sesenta meses,

entregado a la oración, al estudio de los libros, y
a encender todas las noches en lo alto del torreón
una luz destinada a indicar a las naves que muy
de tarde en tarde pasaban de largo, bordeando silenciosas
como cisnes embalsados la costa de la Suévia, que allí,
en aquel apartado rincón del mundo, temblaban también
para gloria de su patria las insignias de Castilla y de
Aragón!.....

Post Scriptum

tal es la narración que nos ha legado el
cronista Santellán.

Al terminar su lectura, resolvieron unánimemente
los pioneros construir la torre, ajustada en todo a
los planos de fray Bernabé Cervera, de la Orden de los
Cálizos, aprovechando, además, los propios cimientos de la
antigua fortaleza, descubiertos muy pocos días después.

La construcción actual, por ser copia exacta del primitivo monumento, tiene todo el interés que presenta el manuscrito encontrado entre las ruinas.

Después de conocerla, se explicará fácilmente, el lector "horrorizado", durante las noches más oscuras del año se aparecían en la cumbre del promontorio los fantasmas de un indio, de una mujer y de un monje, al mismo tiempo que se escuchan corceos de caballos desbocados.

Copia: "El Boino"

15 de febrero de 1908